



Del adiestramiento del género al empoderamiento del discurso

 **M. Carme JUNYENT**
Universitat de Barcelona
mcjunyent@ub.edu
<https://orcid.org/0000-0002-5965-7635>

Traducido por Maria del Mar Suárez

Por algún motivo incomprensible, cuando empezó a hablarse del sexismo en la lengua, casi toda la atención se centró en el género gramatical. Esto resulta incomprensible porque, al ser una categoría gramatical obligatoria (todos los sustantivos en catalán tienen género), apenas podíamos correlacionarla con un fenómeno cultural y, sobre todo, porque la relación sexo-género es bastante arbitraria: pongamos, por ejemplo, el caso de los animales, en que el género funciona a menudo como no marcado o inclusivo (la pantera, la hiena, la jirafa...) o el caso de las representaciones, en que también utilizamos el femenino para colectivos que, en general, son de hombres (autoridades, señorías, excelencias...). Tampoco se tuvo en cuenta que, como categoría gramatical, el género tiene sus propias reglas, y al introducir un cambio artificial, no se tuvieron en cuenta las consecuencias, sobre todo en las concordancias.

Cuando se propusieron los desdoblamientos para "visibilizar" a las mujeres, se pasó por alto el hecho de que el género no marcado es el inclusivo. Por eso podemos decir "Los coches y las motos son muy rápidos, las bicicletas y los patinetes son más lentos". Pero ¿por qué, pues, debemos decir que "Los niños y niñas son espabilados y espabiladas"? ¡Ojo!: si decimos "los coches y las motos" es porque son categorías diferentes, cuando decimos "los niños y niñas", es porque o bien queremos hacer énfasis en las niñas o bien las estamos categorizando de forma diferente que los niños. Por el momento, lo que hemos logrado con la sistematización de este uso es que las niñas se autoexcluyan. Si decimos "Esta película es para niños", las niñas preguntan "¿Y para niñas no?"

Las incoherencias que provocan los desdoblamientos se trataron de paliar con el uso de genéricos, con lo que nos encontramos con usos tan incomprensibles como "el alumnado que estropee el mobiliario...", "el profesorado interesado en este tema...". Y, como se constató que los genéricos despersonalizaban, entonces se optó por recordarnos que somos "personas" y una "persona trabajadora" ya no sabemos si es una persona que trabaja mucho o un trabajador, y una "persona autónoma" ya no sabemos si es una persona que se vale por sí misma o un autónomo.

Dando rienda suelta a la creatividad, empezó el uso del femenino como genérico y los usos de la juventud alternativa fueron incorporados incluso por la Cámara de Comercio que, como parece que no tiene suficiente trabajo para conseguir la igualdad entre hombres y mujeres, propuso que el 8 de marzo de 2022 todas las noticias se redactaran en femenino y ellos mismos se encargaron de poner ejemplos transformando algunos titulares de periódico





con resultados tan halagadores para las mujeres como estos: "Hay una infantilización brutal de las consumidoras, no se las considera sujetos políticos", "Tinder está entre las 5 aplicaciones con más gasto de la consumidora" o "Los contagios entre las jóvenes se doblan en solo dos días". Es decir, que las mujeres somos infantiles, unas tontas que nos desdineramos buscando el amor y unas irresponsables que contagiamos enfermedades. Perfecto para celebrar el Día Internacional de la Mujer.

Los ejemplos aberrantes son incontables. Recientemente ya he oído un par de veces "Los cuerpos y cuerpas de seguridad", también un vicerrector de la UB proclamando que tenemos "los mejores y las mejoras investigadoras" y en otra universidad te enseñan a ser "educador y educadora social". Hemos perdido muchos recursos y energías intentando controlar algo que no lleva a ninguna parte; pero lo peor es que mientras perdíamos el tiempo con el género gramatical, no teníamos en cuenta la auténtica manifestación del machismo (y otras discriminaciones) en la lengua: el uso, el discurso, la conversación.

Si nos fijamos en qué se analiza realmente en los estudios de lengua y género, el género gramatical es una minucia prácticamente irrelevante, entre otras cosas porque es un rasgo muy raro en las lenguas del mundo, y el machismo, en cambio, es universal: la correlación que hacemos es bastante incomprensible. Lo que encontramos en los estudios de género son temas como las relaciones de poder entre iguales en la adolescencia, en la empresa o en la familia. O las representaciones de hombres y mujeres en la prensa. En fin, temas en los que sí se ve cómo discriminamos a través de los usos lingüísticos, cómo invisibilizamos y silenciamos a las mujeres, cómo ignoramos o menospreciamos sus aportaciones, cómo las situamos como personajes secundarios de la historia. ¿Por qué, pues, hemos dado tanto valor al código y no al uso que hacemos de él? Una razón podría ser por ignorancia: nos precipitamos, nos fijamos en el género porque es algo llamativo y ya está. Bien, esto podía haber sido así en un principio, pero después de tantos años de propuestas y propuestas que no llevan a ninguna parte, ¿qué puede estar pasando?

Si nos fijamos en las guías de lengua no sexista, lo que nos encontramos es propuestas de formas alternativas: no digas "los alumnos", di "el alumnado"; no digas "el director", di "la dirección"; no digas "los músicos", di "los músicos y las músicas", etc. Es decir, un adiestramiento en toda regla que, además, es fácil. Tan fácil como una cartilla donde nos dicen qué decir y qué no decir. En cambio, si hacemos las preguntas adecuadas: ¿quién habla y cuánto rato? ¿quién escucha? ¿quién interrumpe a quién? ¿a quién se anima a que hable? ¿a quién se menosprecia cuando habla? etc. etc., tenemos más posibilidades de darnos cuenta de que, allí donde realmente discriminamos, nadie nos da ninguna cartilla.

Es evidente que las propuestas de lengua no sexista que propugna la administración son una forma de sumisión y, cuando las aceptamos, nos convertimos en ciudadanos acríticos dispuestos a admitir lo que sea necesario. ¿Por qué la administración no nos da las herramientas para combatir realmente la discriminación haciéndonos conscientes de cómo menospreciamos a las mujeres con nuestro comportamiento lingüístico? Pues porque esto sería empoderarnos, porque eso sí cambiaría las cosas, y mucho me parece que no es esa la intención. Por tanto, vamos perpetuando la sumisión con propuestas estériles, no vaya a ser que las cosas cambien. Y si trasladamos esto al mundo educativo, el resultado es aún más demoledor. Estamos transmitiendo a los jóvenes la aceptación acrítica de unos postulados engañosos y les hurtamos –sobre todo a las chicas– las herramientas que les facilitarían la capacidad de ser asertivos y de intervenir sin sesgos de género. Claro que eso sí cambiaría cosas y no debe de ser lo que queremos.